



Juliana

JULIANA.

SENTADO está y en silencio,
En el bosque de arrayanes,
Cabe una fuente que mece
Entre flores sus cristales,
Aquel morisco doncel
Que llaman Abindarraez,
Terror de los castellanos,
Lustre y honor de los árabes;
Aquel gallardo mancebo
Que así se nombra en combates,
Y tiñe en sangre cristiana
Gozoso su corvo alfange,
Como se rinde al encuentro
De dos ojuelos vivaces,
Que bajo dos negras cejas

Como dos luceros arden:
Viene tal vez de Almería
Dó al son de los atabales
Rompe escuadrones cristianos,
Que para él es cosa fácil;
Y cansado se apeó
De su morillo arrogante,
Por dar en aquestos sitios
Tregua á sus penas tenaces;
En estos bellos jardines
Que pertenecen al padre
De aquella hurí, por quien fuera
Ha ya tres años cabales,
Por un lado el albornoz
Está, por otro el turbante;
De una alta haya en el tronco,
Recargado está el alfanje;
Y de estorbos libre, ostenta
Su cabellera ondeante,
Que al soplo del viento leve
Sobre su ancha frente cae;
Se reclina sobre el musgo,
Recuerdos de amor le abaten;
Un suspiro se desprende
De sus labios palpitantes.
Aquel corazón valiente
Que nunca latió cobarde,
En medio de la pelea
De amor al recuerdo late,

Y empieza en sentidos tonos
A dar sus quejas al aire;
Quejas que á las duras rocas
Moverían á ablandarse.—
“Mora, dice, ¿qué motivo
Te ha dado el mas fino amante
Que ha visitado tus rejas,
Para que tan mal le trates?
Este amante que te ha alzado
En su corazón altares,
Que te adora cual si fueras
Del celeste Eden un ángel,
Que cuanto hace, cuanto dice,
Es solo por agradarte,
¿Qué te ha hecho, mora ingrata,
Para que tan mal le trates?
Cuando el sol refleja vivo
En los altos alminares,
Por gozar de tu presencia
He pasado por tu calle,
Y en la noche á los reflejos
De la luna rutilante,
He cantado dulces trovas
A tus rejas; pero en balde,
Que tú, ingrata, has ocultado
El rostro que por mirarle
Diera mi veloz morisco,
Diera mi terrible alfanje
En las justas y en las luchas
Reina tú de las beldades,

Por la fuerza de mi brazo
Aclamada te miraste;
Y he ganado mil laureles
En torneos y en combates
Que á tus plantas, mora ingrata,
He rendido yo al instante;
¿Qué motivo, pues, te he dado
Para que al morino Tarfe,
Que ya todos en Granada
Bien conocen por cobarde,
A ese moro que hace gala
De sus necias liviandades,
Le prefieras á quien te ama,
Cual no puede amarte nadie?
¿Qué motivo? mas es vano
Que lamente tus desaires,
Que el capricho es en las hembras
Un misterio inescrutable.»
Calló porque en su garganta
Sintió la voz anudarse,
Y porque temió saltar
De sus ojos los raudales;
Mas presto escuchó un ruido
Detras de los arrayanes,
Que vino á sacar su alma
De su abatimiento grande;
Y á poco una voz que dijo
Estas palabras suaves,
Que fueron á sus heridas
Un bálsamo saludable:
“¡Oh! cuán engañado vives

Y cuánto agravio me haces
Gentil moro, el que en Granada
Aclaman por mas galante,
Dices que prefiero á tí
A aquese morillo Tarfe;
No soy tan necia, doncel,
Para querer á un infame;
Ojos tengo que me avisan
Quién es fino, quién mudable;
Quién es digno de mi amor,
Y quién lo es de mis desaires;
Que si tú ves que le hablo,
Lo hago mas bien por mi padre,
Que por mostrar á ese moro
Que soy capaz de adorarle;
Dices tambien que has pasado
Veinte veces por mi calle,
Y que he ocultado mi rostro
Mas puesto que es fuerza, sabe,
Que yo probar tu constancia
Quise con desdenes tales,
Porque estos son el crisol
De los donceles amantes;
Sabe tambien que á tí solo
He amado, y en adelante
He de amar, porque supiste
Con finezas cautivarme;
Y no trates de liviana,
Porque no es bien que así trates,

— 106 —

A la que obligada vive
Su pasión á declarararte:
Adios, moro; de tu pecho
Destierra ya los pesares,
Que serás correspondido
Mientras fueres tan constante.
Deslizóse por las ramas,
Y el rendido Abindarraez
Sin creer su dicha, vióla
Desaparecer fugace.

RAMON I. ALCARAZ.



APARIENCIAS

DE LA NIEBLA.

A fines del Otoño y principios del Invierno, suele este meteoro presentar en el grandioso valle de México, las perspectivas mas deliciosas; una sucesion de cuadros, los mas bellos y variados que puedan observarse en el mundo, encantando la vista de las personas que tienen la dicha de ser testigos de esas visiones ópticas, de las que no contemplan las maravillas de la creacion con la indiferencia que es, por desgracia, tan comun, y que hace preferir á aquellas escenas, las mezquinas y miserables que ofrece la sociedad.

Os llevaré, por medio del esfuerzo de vuestra imaginacion, á uno de esos espectáculos que presencié en un dia de Septiembre, desde las torres de la Catedral.

Son las once de la mañana; el cielo está cubierto de un velo trasparente é igual, formado de nieblas, á cuyo traves pasa una luz suave, como la que baña los alcázares moriscos; un viento húmedo sopla ténueamente, produciendo un bienestar inefable, tal como el que se recibe de los lábios de una querida; las cimas de los montes del valle se pierden entre los vapores que los coronan, y todo el campo presenta un aspecto de poética melancolía.

La ciudad presenta un conjunto que la vista abraza completamente, y se complace en considerarlo como si fuese un castillo feudal gigantesco, con sus mil entradas, salidas y tránsitos, formados por sus calles; con sus patios en que convertimos las plazas; con sus régios aposentos que pueden imaginarse, donde aparecen sus mas bellos edificios, como la Minería, el Teatro Nacional ó el Palacio; con sus torreones y baluartes, que semejan las iglesias y capillas que por todas partes descuellan, y que en nuestras guerras civiles han servido de defensas: tambien podrémos colocarle su jardin en la frondosa Alameda, y sus fuentes en los lagos de Texcoco y Chalco.

Esta ilusion brota en nuestra mente sin grandes esfuerzos de la fantasía, pues cuando se contemplan las colosales y sublimes obras de Dios, al par que las de los hombres, aparecen las de éstos como un punto pe-

queño que se pierde ante la Omnipotencia que revelan las primeras; por esto México me parece un solo objeto reducido, comparado con esos mares de verdura, respecto de la escelsa cadena de sus montañas, y ante la celeste bóveda ilimitada.

¡Mirad! De repente, á manera de cortinas de blanco crespon, se desprenden del firmamento trozos de nieblas que cubren casi todo el valle, y solo dejan visible el recinto de la ciudad. Despues, como si fuera el telon de un teatro gigantesco, que se recoge por varias partes, se divide la niebla, dejando visibles por sus intersticios, paisajes deliciosos, que ostentan montañas, árboles y chozas, que poco despues desaparecen tras de velos opacos de nieblas. Vuelve á acontecer lo anterior por otra parte, reproduciéndose así paisajes distintos y no ménos risueños.

El castillo de Chapultepec se presenta aislado entre las nieblas que lo rodean, formándole un fondo claro, sobre el que fuertemente se destaca su oscuro y venerable bosque; luego se borra gradualmente este mismo fondo, y aparecen adornando la antigua escena las colinas que se elevan unas sobre otras, á manera de las graderías de un inmenso anfiteatro romano, hasta la barrera de montañas que descuellan por el Poniente; brotando poco á poco los árboles de las cercanías, cuando se disipan los vapores que los cubrian con sus sombríos velos, como si se estuviese realizando el rápido desarrollo de una vegetacion maravillosa, que en un momento nos presenta árboles completos y añejos, hasta que por último se llega á ver todo el paisaje con Tacubaya, como en su estado normal. Pero esto no dura mucho tiempo, pues las nieblas empiezan á circuir aquel pueblo, y únicamente se descubren sus casas

elevadas y el Convento de San Diego, que parecen flotar en las nubes, cuando en Chapultepec solamente aparece el bosque, pues el castillo, como por encanto, ha desaparecido. Así como en el teatro desaparecen las decoraciones, así bajo el telon colosal de niebla todo se borró.

San Angel y Mixcoac se ven al traves de la neblina con los relieves de brillantes colores de sus árboles, campos, casas y torres, trocados en blanquecinos y parduscos, como si estuviesen formados de nubes, semejándose á esas moradas fabulosas de las Hadas que nos pintan los poetas en sus versos.

Las personas mas conocedoras de estos sitios, se creerían trasportadas á otros países desconocidos y fantásticos, al ver que el valle se ha desvanecido, y que en su lugar se encuentran vistas desconocidas, que varian de aspecto á cada momento.

¡Dirigid la vista al Oriente! ¿No observais allí una imágen del mar, una superficie de agua que se pierde tocando un cielo nublado como en las vistas marinas? Creeréis que habeis sido trasportados mágicamente hasta sus playas, ó que éste viene avanzando como en la época del diluvio. Pues bien, no son mas que los lagos, que presentan una semejanza del Océano, porque los cerros que los limitan han desaparecido tras de velos espesos de bruma, y parece que su estension se prolonga indefinidamente.

Volved la cara al Norte, y allá veréis desvanecerse por grados, como nuestras ilusiones de amor, la Colegiata de Guadalupe, juntamente con sus cerros salvajes, presentando las escenas del crepúsculo vespertino, miéntras que algunos pueblecillos lejanos van saliendo y colorándose como á la hora del alba.

Todos estos paisajes se aparecen, huyen, se reproducen, se adornan ó flotan en los aires con tal rapidez, que apénas los puede seguir la vista; formando una galería de cuadros campestres naturales tan maravillosa, que los paisajes de los mas célebres museos de Europa, apénas serán una sombra de estos, en cuanto á riqueza de colorido, grandeza de formas y variedad de líneas; parece que un mágico pintor los está diseñando á su antojo.

Entónces es imposible que no bañen nuestras mejillas algunas lágrimas al recordar que el Divino Pintor está dibujando é iluminando con sus omnipotentes manos aquellas maravillas, y que nosotros, hombres soberbios, que osamos ofenderlo y burlarnos de su bondad, que si tuviéramos bastantes fuerzas nos convertiríamos en nuevos Satanes, y le llevaríamos la guerra al cielo; nosotros, digo, aparecemos débiles é impotentes ante sus santas obras, en las que reconocemos su amor y poder, al mismo tiempo que nuestro miserable orgullo, y no podemos ménos que caer de rodillas, exclamando: “¡Piedad, Señor, piedad!”

Ya todo ha cambiado, y presenta otro espectáculo magnífico. El sol ahuyentó con sus brillantes rayos las nieblas y vapores, y desde el glorioso azul de los cielos vierte torrentes de esa luz dorada y transparente, peculiar de México, particularmente en el Invierno, permitiendo que la vista descubra aun los objetos mas lejanos, con toda esactitud y limpieza, como si estuviese auxiliada de un poderoso antejo.

Por el Oriente se ven los espléndidos volcanes que alzan sus nevadas y gloriosas cumbres mas allá de la region de las tempestades, y parece que bañan sus bases en los argentinos lagos de Texcoco y Chalco: la vista se desliza por sus faldas hasta llegar al Sur, donde encuentra en plácido reposo la ciudad de Tlalpam, en medio de sus sotos y enramadas salpicadas de flores, rodeada del sombrío Pedregal, y dominada por las salvages rocas del Ajusco. Despues, por la derecha, se ven la Magdalena y Contreras, colocados en posiciones pintorescas y elevadas, y el pueblo de San Gerónimo, dormido á la sombra de su risueño bosque, escitando la vista de estos pueblecillos tristes recuerdos de nuestro infortunio. Mas acá se presenta San Angel, con su cascada de plata; al pié de los cerros hallamos á Mixcoac solitario, y á Tacubaya ostentando sus hermosas casas de verano; á un lado se destaca Chapultepec con su canoso bosque y aéreo castillo, que despierta mil remotos recuerdos; de aquí parten á la ciudad los dos acueductos que la proveen de agua potable. Los pueblecillos de Tacuba y San Joaquin, se encuentran siguiendo el contorno del valle hácia el Noroeste, mostrando sus pintorescas torres por encima de las arboledas de sus huertas; la iglesia de los Remedios, parece trepar por encima de las montañas. Al Norte se descubre, en santa soledad y religioso recogimiento, la Catedral de Guadalupe, con sus casas, capillas, cerros y estériles campos, hasta llegar á los lagos, despues que la vista ha descrito un círculo completo, y recreándose tambien al observar los relieves caprichosos de las cimas de todas las

montañas del valle, que se dibujan en una atmósfera serena. Para interrumpir la monotonía de sus campos tan inmensos, ademas de los pueblos nombrados y otros, se hallan salpicados de haciendas, chozas, molinos y ruinas de iglesias, con praderas sembradas de maíz, del verde esmeralda mas hermoso, ó de dorados trigales, de grupos y calzadas de árboles, y de colinas sembradas ó incul-tas. Todo nadando en un océano de luz, bajo el dosel espléndido del cielo, ostentando todos los objetos sus brillantes colores, y los lagos retratando en sus espejos nubes aéreas y graciosas.

Parece que la reina de Anáhuac, que la beldad Indiana, que México rejuvenecida, recobra su antiguo poderío, y se presenta como en los tiempos de la conquista, radiante de belleza, ataviada con las galanas flores de sus campos, y adornando sus sienes con la diadema que le forman las montañas de su valle, donde relucen cual gigantescos brillantes el Popocatepetl y el Ixtlauhualt.

México: 1849.—MARCOS ARRONIZ.

